

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN

UNA EQUIVOCACION

I

El mismo día en que el pobre José Fernández abría su mísera tienda de legumbres en la Plaza del Progreso, los periódicos todos de Madrid se ocupaban en extensas informaciones de la poderosa casa José Fernández, manufacturería de comestibles al por mayor, y situada, por un capricho del destino, en el ángulo opuesto al tenderete en la citada plaza.

Principalmente los periódicos ilustrados echaron al vuelo las campanas, reproducían el exterior del establecimiento, las dependencias, los almacenes, el despacho del Sr. Fernández... Era una «reclame» monstruo, que a la poderosa casa comercial había costado un verdadero río de oro.

Y el «pobre Fernández, el otro», el infeliz, se vió aquel día sorprendido por la visita de infinitos parroquianos, que confundían su casa con la poderosa del otro Fernández, y acudían a abastecerse, llamados por la voz de la prensa.

II

Tras largas fatigas había logrado abrir su tenderete. Ya no contaba ni con uno de sus antiguos amigos, ni con el respeto de nadie. Había estado incluso pidiendo limosna olvidado de todos, sin esperanza de poder llegar a redimirse. Sin padres, sin amigos, solo tenía en Villadas—su pueblo natal de Andalucía—lejanos parientes. Más éstos, olvidados de él también, por su miseria, nunca le tendieron una mano de caridad. Poseían sus parientes grandes posesiones, y aunque Fernández había intentado repetidas veces que le emplearan allí como jornalero o capataz, había sido rechazado.

Su pequeña fortuna, pues, sacada de la nada a fuerza de pulso y trabajo, no se la debía a nadie...

Y ahora, el pobre, antiguo bohemio, veía crecer su clientela al calor de los anuncios del tocayo de enfrente, que, sin notar lo, le ayudaba a hacerse rico con sus «reclames».

III

«Querido sobrino: Ya es hora de que te acuerdes de nosotros. Hace veinte años que no te vemos y tenemos grandes deseos de abrazarte. Sin excusa alguna te esperamos este mes para que pases en Villadas el verano. Esto está muy hermoso y te agrada. Por otra parte en el cortijo he mandado poner...», y así seguía la carta animando al pobre de José a que se presentara en Villadas tras de su larga ausencia.

IV

Habían ido a recibirle a una legua del pueblo sus tíos, sus primos, sus parientes lejanos, que ahora se esforzaban en demostrar que no era tan lejano el parentesco.

Hasta cinco tartanas le salieron al camino. Iban en ellas infinidad de gentes de todas condiciones y castas: señoras graves, que abrazaron cordialmente al pobre José; mujeres que, emocionadas, preguntaban a Fernández si ya no se acordaba de ellas; viejas lloronas, que aseguraban haberle dado de mamar; mozos rudos, que aseguraban eran sus hermanos de leche; señoritines, que adoptaban un aire de comedia al abrazarle, y que llamaban a José de tú por captarse pronto simpatías... Todos, todos, resultaban parientes, allegados, compañeros del pobre José. Este, asustado por aquel entusiasta recibimiento, se preguntaba en interior coloquio cuáles serían las causas que movían a aquellas gentes a disputarse así su amistad o grado de parentesco.

Se hospedó en casa de su tío Martín, el antiguo doctor, que le llamara y que ya no ejercía. Y por la casa desfilaba el pueblo entero, alabando sin cansarse el talento y la constancia de José Fernández.

V

Hacia dos días que estaba en Villadas. Se había hablado ya de todo; de Madrid, de política, del campo, de viajes... Y el tío Martín inició esta

tarde la conversación del negocio de José. Todos tomaron un grave aspecto. Las mujeres abrieron grandemente los ojos; los hombres miraron con envidia a José.

«Ya hemos visto, ya, tus negocios en Madrid!—comenzó tío Martín, á media voz.—¡Muy bien y muy bien! No todos los hombres hacen lo que tú... no. Esos son méritos, amor al trabajo, constancia. Yo lo decía aquí en el pueblo. Cuando alguien me preguntaba por tí, yo siempre contestaba: «¿Quién? ¿Mi sobrino? Dejarlo, que ya lo veréis algún día muy arriba, muy arriba... Es trabajador y tiene buena voluntad...» Yo sabía que tú habías de llegar tarde o temprano.

Y luego añadió:

—Y has hecho muy bien en hacer esas informaciones en los periódicos... Eso aumentará tu crédito y dará una gran clientela...

Y calló.

El pobre, el simple de José, interrumpió inocente:

—¿Pero usted también cree que yo soy el dueño de esa casa que traen retratada los periódicos?

Hubo un momento de emoción en la sala. Todos se movieron en sus asientos. Tío Martín contestó, al cabo, estupefacto:

—¡Claro que sí, de tu casa, de la casa de José Fernández... en la Plaza del Progreso!... ¿No está allí tu tienda, tu almacén?...

Todos esperaron ansiosamente. El infeliz de Fernández habló ingenuo:

—Sí, tío; allí está; pero esa casa que han visto ustedes en los periódicos es de otro Fernández, que tiene enfrente de la mía su tienda. La mía es de granos, de legumbres, y muy chiquita, muy modesta, tanto como mi capital. ¡Pobre de mí! También han creído mucha gente lo que ustedes.

En la reunión hicieron pésimo efecto las palabras del infeliz. Los hombres se marcharon uno a uno. Más tarde, las mujeres, dirigiendo a José una mirada de lástima. Al poco rato estaban solos en la sala tío Martín y José hablando quedo.

VI

Al día siguiente todo Villadas sabía la noticia.

—¿Conque José Fernández no era el

rico aquél de que hablaban los periódicos?... ¡Bah! ¡Ya lo decían todos! Aquel pobre pelagatos ni era ni sería nunca nada...

Y, como por encanto los que antes se disputaban el honor de ser sus amigos o parientes se retiraban de él.

—¡Yo nunca fui su primo, ni quiero!

—¡Y yo si le hablé fué por compromiso!

—¡Tampoco yo le di leche de mis senos a ese gánzapiro; no, señor!...

Y, uno a uno, todos fueron degradando y dejando solo al infeliz de José Fernández.

VII

A los pocos días, aburrido, viéndose despreciado y sin amigos, José Fernández se despidió de sus tíos.

No le detuvieron. Le dejaron marchar solo y sin darle un apretón de manos.

Y el pobre de José no supo nunca por qué todo Villadas había salido a recibirle, y nadie, ni sus tíos, habían ido hasta el coche correo, que le sacó del pueblo solo, sin un adiós.

JUAN GUARDIOLA

DECÁLOGO DE LA ESPOSA

Cierta Reina de Rumania expuso los diez mandamientos de la esposa en la forma siguiente:

1.º No originarás la primera disputa; pero, si es inevitable, lucha con valor. Salir victoriosa de la primera riña doméstica, puede equivaler a elevarte en la opinión de tu marido en lo futuro.

2.º No olvidarás que te has casado con un hombre y no con un dios. Por lo tanto, no te sorprendan sus fragilidades.

3.º No hables siempre de dinero a tu marido. Procura más bien arreglarte con lo que él te dé.

4.º Si crees que tu marido carece de corazón, recuerda que tiene un estómago. Apelando persistentemente a su estómago con manjares bien condimentados, te será, al cabo, más fácil tocarle al corazón.

5.º Una vez de cuando en cuando, pero no muy a menudo, le dejarás la última palabra. Esto le lisonjeará y no te hará ningún daño.

6.º Los periódicos los leerás por entero, sin limitarte a las historias de sociedad y de escándalos. Tu marido se sorprenderá agradablemente al ver que puede hablar contigo de asuntos generales y hasta de política.

7.º No serás descortés aunque regañes con tu esposo. No olvides que en algunas ocasiones le creíste poco menos que un semidios.

8.º De vez en cuando permitirás que tu marido vea que sabe algo más que tú, reconociendo que no eres completamente infalible.

9.º Si tu esposo es inteligente, serás su amiga; si no lo es, serás a un tiempo amiga y consejera.

10. Estimarás a los parientes de tu marido, y especialmente a su madre. Ten presente que ella le amaba mucho tiempo antes que tú.

MEDIO DE CURACION

El doctor Gómez es un anciano muy amable, muy sencillo, muy dulce, de aspecto listo y sonrisa maliciosa; enteramente un buen hombre.

Una vez fué llamado a casa de una dama encopetada que se moría... de fastidio. Tenía 25 años, cincuenta mil libras de renta, y con todo esto cierta extraña palidez y un sinsabor que nada podía alejar de ella.

—¡Oh, doctor!—exclamó al verle entrar. —Hace ocho días que espero a usted como a mi salvador.

—Bien, bien; así vengo. como su salvador—respondió el doctor sonriendo—y como salvador le voy a curar al momento.

—Pero falta que diga a usted mi enfermedad.

—¿Acaso no la veo?—añadió el malicioso anciano, arrojando una mirada sobre las mil superfluidades que llenaban de estorbos la pieza en que se hallaban. Déjeme usted hacer. Yo comienzo siempre por curar la parte moral: «limpiar de un mal instinto, sangrar una pasión, extirpar un mal humor», y después administro en grandes dosis las resoluciones generosas, los buenos sentimientos, las privaciones del trabajo y la caridad. Mi código es el Evangelio, y mis principios la pureza del alma, la ocupación de manos y de espíritu y la abnegación práctica del corazón.

La enferma, abriendo desmesuradamente los ojos, trataba de sonreírse, pero esta sonrisa forzada decía:

—¿Se burla usted de mí, doctor?

El doctor, como si no lo comprendiese, se sentó y le dijo:

—¿Quiere usted que le refiera una de mis curaciones antes de ocuparme en la de usted?

—¿Conoce usted a la señora Tobar, una de las más sanas entre las amigas de usted?

Hace diez años, tenía diez y siete, era una encantadora niña a quien el cariño paterno rodeaba de comodidades y de lujo.

Sin embargo, poco a poco fué poniéndose pálida, triste, marchita, y la medicina, llamada en su auxilio, acabó por decir, como siempre, que no comprende una enfermedad: «es nervioso».

Llamado por su padre, que con lágrimas en los ojos me conjuraba para salvar a su hija, fui introducido en un delicioso cuartito, cubierto de finas colgaduras de muselina blanca, y que ofrecía a mis ojos todo lo que podía halagar la imaginación de una joven.

La pobre niña, pálida como marmórea estatua, estaba tendida en un canapé, con los ojos medio cerrados, la cabeza inclinada, indiferente a todo, aun a la brisa de la primavera, aun al rayo del sol que le sonreía a través de la ventana antreabierta.

Me tendió la mano, y me sentí movido a compasión viendo aquella niña que se dejaba morir sin quejas, sin pensar, sin dolor, teniendo sólo diez y siete años, siendo tan feliz, tan rica, tan amada.

Adiviné el mal, sí, señora; esa paloma

padecía en su jaula dorada, porque era «demasiado feliz».

A su alma, faltaba aliento, a su inteligencia, luchas. Moría por falta de un obstáculo que vencer y por falta de actividad. Se consumía lentamente porque para nada se creía útil y carecía de objeto a que consagrarse.

Así son todas las almas grandes... Las almas vulgares se arrojan a la sensualidad y al egoísmo... y quedan como embotadas.

—Señorita,—le dije ¿puede usted improvisar un tocado que la permita ir a todas partes y que esté listo en cinco minutos?

—Pero, ¿para qué, señor?

—¿Para qué? Pues para salir conmigo y en compañía de su papá.

—¿Con usted? Y, ¿adónde?

—Es un secreto.

La curiosidad produjo en ella el primer destello de vida. Para decidirla la dije en voz baja:

—Va en ello la vida de su padre, de su madre y de usted.

Salí, trayendo a su padre en pos de mí, que me miraba con fijeza.

—Explicaos—me decía.

—No—respondí yo;—mas para salvarla la necesito dos horas todas las mañanas con usted.

—Pero si ella no querrá; tiene horror al paseo.

—Esperad, he aquí la respuesta.

Y Enriqueta apareció radiante de gozo. Subimos los tres en el coche, y los llevé a las casas de mis pobres.

En ellas, puedo asegurarlo, había con qué interesarla, conmoverla, hacerla vivir, y yo había adivinado perfectamente el corazón de aquella noble y generosa niña.

En la primera casa donde nos detuvimos, tuve que sostenerla hasta el tercer piso; subió sola al cuarto y se me adelantó a las buhardillas.

Sus mejillas tenían un color que hacía mucho tiempo no había aparecido en ellas; y cuando los niños le besaban la mano, cuando las pobres madres le daban las gracias, lloraba de contento no menos que su padre. Yo veía al alma desplegar su vida. El tiempo volaba.

—Volvámonos—les dije.

—¡Tan pronto!—me respondió.—Hasta mañana, ¿no es verdad, señor doctor?

—Sí, señorita; hasta mañana, y con papá o mamá, si gusta.

—Ya lo creo.

Pasó la tarde en buscar entre la ropa blanca de su uso, alguna que dar, y durante la comida su padre lloraba de alegría al mirarla; jamás la había visto tan lozana y tan radiante.

La buena y piadosa niña sentíase útil, se apasionaba por el bien. Reanimada por la caridad y por la ocupación, se había salvado.

El doctor se detuvo; la joven enferma se levantó y le tendió la mano sonriendo.

—Os he comprendido—le dijo;—venid a buscarnos desde mañana. Iré con mi padre a las casas de vuestros pobres.

No preguntéis por qué muchas almas viven consumidas por la anemia del espíritu. Es porque, encerradas en la ociosidad, no se dan al ejercicio de las virtudes cristianas.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En la vida de Jesús de Nazaret vemos practicar la igualdad de todos los hombres en sus distintas escenas. Todos somos hijos de Dios, todos estamos de paso en este mundo y sólo la vida es un medio para lograr el fin de nuestras almas.

El mendigo y el Emperador, el sacerdote y el obrero, cada uno en su misión, camina por el mundo cumpliendo sus obligaciones para con Dios, y para con sus semejantes, ejerciendo la caridad, con el único fin de ser gratos a quien nos dió la vida del espíritu y merecer después el premio ofrecido a las almas fieles.

Jesús escoge sus discípulos entre la gente del pueblo y los eleva después a la más alta jerarquía de la Iglesia, haciendo caer de rodillas ante ellos a los monarcas de la tierra. Llega hasta el desvalido, el enfermo, el niño y el desgraciado y le tiende su mano, mientras de su boca deja escapar palabras de consuelo y de esperanza. Se acerca al pozo de Jacob y habla a la Samaritana ofreciéndole el agua de la vida eterna, sin reparar en el odio de razas entre judíos y samaritanos. Perdona a la mujer pecadora que arrepentida llora su pecado y va a comer con Zaqueo el rico pecador y negociador de tributos.

Pilatos tiene que escuchar también palabras de verdad dejando en su corazón, corrompido por la cortesana vida de la Roma pagana, la duda terrible de la verdad que ha presentado delante de sí.

Jesús de Nazaret, proclamó la igualdad de todos los hombres ante el Creador de Cielos y Tierra. Con su ejemplo nos enseñó a amarnos unos a otros, a no creerse más porque la gloria o los honores humanos nos hayan alagado en nuestro orgullo. Que *«todo el que se ensalza a sí mismo será humillado...»*

El orgullo y la ambición es patrimonio de las almas ruines. En la vida tropezamos con frecuencia al hombre ambicioso que lleno de orgullo se abre camino entre los demás para destacarse entre todos, casi siempre sin méritos propios.

La democracia, falseada en sus principios, ha sido implantada como organización básica de la vida de los pueblos y sus fundamentos, no son ni con mucho lo que debe ser la verdadera igualdad de todos los hombres. El amor tiene que presidir esta fraternidad humana y si las categorías del mundo han de organizarse de algún modo, siempre habrá de ser la virtud, el trabajo honrado, la inteligencia y la grandeza de corazón, las cualidades que habrá de tener el que sacrificándose por los demás ocupe los puestos de dirección en la sociedad.

Con esas características no temais de él desafueros ni desconsideraciones. La virtud, la inteligencia y su grandeza de corazón le impedirán mostrarse orgulloso con los demás, ni aprovecharse de posiciones ventajosas para lucrarse, ni negará en modo alguno, a sus hermanos en Dios, la ayuda que pueda prestarles.

Sus deberes sociales le obligarán a mantener intangibles unos principios sin los cuales la vida social sería imposible. La libertad controlada en bien de la libertad de todos, el respeto a la ley por gobernantes y gobernados, el reconocimiento a la Divinidad como fin Supremo del hombre, la fe en la justicia de Dios en la cual habrá de asentarse la justicia de los hombres y una comprensión absoluta de que en el desarrollo de su misión ha de mirar el bien de sus conciudadanos los cuales confían en él para el mejor logro de sus fines sociales.

Con estas cualidades: la democracia y el reconocimiento de la igualdad de todos los hombres ante Dios, el mundo saldría muy beneficiado; pero si el orgullo, la ambición, las apetencias políticas, el deseo de mandar para humillar a los demás, las ansias de destruir todos los poderes que se opongan a la fuerza de sus apetitos desordenados, si son éstas las cualidades de los que pretenden llegar hasta el gobierno de los pueblos, desgraciados de los hombres y desgraciados de los pueblos que no podrán nunca ser bien gobernados. Los puestos destacados en la política de

los pueblos, han de ser desempeñados como un sacrificio que se hace por el bien de nuestro prójimo. «Buen Arzobispo será, pues que no lo quiere ser», decían de Cisneros al escuchar la desabrida contestación de negativa que el Fraile franciscano daba a la Reina de España.

Los cargos públicos no estarán bien desempeñados si quienes los ejercen no los tienen como cargas y trabajos que Dios les ha impuesto para el bien de sus semejantes. Pero al ejercerlos que no se crean mas, ni con más derechos tampoco a desempeñarlos. Somos polvo...

El Maestro de Nazaret, Dios hecho hombre, se humilló ante los hombres en un alarde ejemplar de fraternidad y caridad cristiana. Predicó más con el ejemplo que con sus palabras, y nos hace ver sorprendidos de admiración al mismo Dios de rodillas ante los pobres pescadores de Galilea, lavándoles sus pies mientras sus ojos hablaban a su corazón.

...y el que se humilla a sí mismo será ensalzado.

R.

Misa de la Uva y del Trigo

EPÍSTOLA

Hermanos: Considerad cómo de una planta pobre posible es que el hombre cobre eterna felicidad.

Primero es uva en agraz o raquíca semilla;

después, racimo o gavilla;

mas, después, cambia de suerte que en todo un Dios se convierte de una manera sencilla.

La conversión de los dos elementos: pan y vino, por el Misterio divino en carne y sangre de Dios, nos lleva de Cristo en pos de tal suerte, que el humano va cogido de su mano que le libra del Infierno, y le conduce a un eterno Paraíso soberano.

Más ay de aquel que iracundo y jugando en una carta la amistad de Dios, se aparta

por los caminos del mundo,

En un abismo profundo,

y en eterno desconsuelo,

será el Infierno su duelo,

mientras que al que coma el trigo

y la uva, será amigo

de Jesucristo en el Cielo.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Gijón, septiembre de 1945

La Paz ha llegado

En los campos de batalla ha sonado el clarín de guerra dando sus últimas notas a todos los vientos, para hacer calmarse la tempestad.

Ha sido preciso que resonase en todas las partes del mundo, porque en todas las tierras el ruido del cañón atronaba el espacio.

¡La paz ha llegado!; pero la paz no consiste en la quieta tranquilidad de las armas, ni tampoco consiste en que los soldados que luchaban en los frentes vuelvan de nuevo a sus quehaceres profesionales y construyan... lo que la guerra destruyó. La paz, no consiste tampoco en la reanudación de la vida social de las naciones, la paz, ha de llegar a los espíritus atormentados por la excitación atroz de la lucha, ha de calmar los odios que la motivaron, ha de llegar a las conciencias para que de la triste experiencia de esta guerra, se saquen enseñanzas más justas para el gobierno de los pueblos y la armonía internacional.

Es en el corazón y en las almas donde tiene que estar cimentada ésta paz tan deseada como temida por muchos. Y ésta paz, que es la paz del espíritu, la paz del amor, tiene que imponerla el vencedor sobre el vencido, porque éste nada puede imponer puesto que jurídicamente ha perdido todos los derechos y sólo le cumplen obligaciones que acatar. Por eso es el vencedor quien tiene que imponer la paz y no la guerra sorda del odio, y de la venganza.

Los espíritus grandes son generosos en la hora del triunfo y sólo los hombres y los pueblos cobardes, sienten instintos de venganza en la hora de la soberbia. Desgraciados de los pueblos vencedores, si no saben imponer la paz.

Bien está la justicia, la seguridad del triunfo, las sanciones precisas a las faltas cometidas contra las normas internacionales de justicia; pero que las inteligencias de los gobernantes no se ofusquen con el triunfo de sus armas, porque pudiera ocurrir que la victoria tan caramamente conseguida no fuese bien administrada con el espíritu de justicia con que oficialmente se pretende establecer la paz.

¡Que Dios ilumine a los gobernantes en la tarea inmensa de echar los cimientos para esa paz de que tan necesitadas están todas las naciones aun después de haber cesado de retumbar el cañón en los campos de batalla.

X.

Comentando

REIVINDICACION DEL ASNO

Todos los seres y las cosas de este mundo, son buenas o malas; dignas de imitación o de desprecio, según se nos presenten.

Vemos por esos mundos de Dios, pacientemente aguantando el peso de sus cabalgaduras unos, tirando de repletos carros otros, a muchos infelices jumentos que, por ser bastante buenas personas y muy simpáticos, son dignos de mejor suerte y de toda nuestra consideración.

El asno es el animal por excelencia. Por eso le llamamos burro. Pero tiene

mejores cualidades que muchos otros, incluso de dos patas. Nadie tiene en el mundo su inaudita paciencia. Nosotros, que no poseemos esa virtud, reconocemos rendidos su valor. A las cinco en punto, te espero en tal sitio. Nos dicen. Si por rara casualidad nosotros llegamos temprano y tenemos que esperar, nuestra intranquilidad nos hace inaguantables a los cinco minutos. El asno, consciente de su obligación, y con la filosofía propia de su raza, espera paciente, horas y horas, tostado por el sol del verano o cubierto por la nieve del invierno. ¡Admirable abnegación, inconcebible, ni como extrema virtud, en los hombres!...

Siempre, en sus expansiones, se muestra risueño. Sus orejas dan a su cara una fisonomía de inteligencia y de güasa. Si la mirais con detenimiento unos instantes, estad seguros de que os convencerá de su pitorreo con el más simpático de sus rebuznos.

Los demás animales se le creen superiores, y él se rie de su torpeza. El, es más rico que todos ellos. Con poco se conforma y pocas necesidades siente: su buen pienso, si lo hay y si no, surge de nuevo el filósofo y come lo malo y escaso pensando que en alguna ocasión comió mucho y bien, y que le quiten lo bailado. De todas formas, siempre agradece la buena intención de su amo. Por eso quiere y sirve a este con verdadero interés y con cariño sin igual.

Muchos amos despiadados, exigen de él

estar todo el día dando vueltas y vueltas a una noria. Nunca le oiréis protestar.

¿Para qué seguir? He dicho al principio que todas las cosas son buenas o malas, según se presenten.

Aprendamos del asno.

HERO

Solución al Crucigrama núm. 16, por Morán:

HORIZONTALES.—1. Temerario.—2. Arcas. Lince.—3. Leon - A - Cera.—4. Ansia - Triza.—5. No - Ahogo - Go.—6. B - C - Ilo - D - P.—7. In - Atila - Fa.—8. Quesa - Gomia.—9. Unta - B - Duro.—10. Proce - Ansos.—11. Anomalías.

VERTICALES.—A. Alanbique. B. Treno - Nunca.—C. Ecos - C - Eton.—D. Mania - Asaro.—E. Es - Ahita - PM.—F. R. - A. - Oli - B - A.—G. La - Agola - Al.—H. Riazo - India.—I. Inri - D - Musa.—J. Greco - Foros.—K. Ectopagos.

Jeroglífico núm. 21, por Morán:



¿Qué tal tiempo hace?

CESAR A. PRIETO
PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa.
Dibujos y presupuestos gratis.
Av. del Molinón, n.º 2 - Teléfono 3115
GIJÓN

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados
Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
DE

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874
La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo
Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.
PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Depositando sus economías en la



CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MODICO